

Esas difusas fronteras éticas. El Zurdo Mendieta en la narco- literatura de Élmer Mendoza*

Ainhoa Vásquez Mejías¹
UNAM (México)

Resumen

El discurso propagado en México, desde el inicio de la Guerra contra el narco, se ha basado en un juicio maniqueo entre buenos y malos, héroes y villanos. Los narcotraficantes son descritos y analizados, tanto por los medios de comunicación, el gobierno, la academia como por gran parte de los productos culturales, como asesinos despiadados, monstruos movilizadas por una lógica capitalista y patriarcal. El escritor Élmer Mendoza, en cambio, en su saga protagonizada por el detective Zurdo Mendieta, se sitúa en los intersticios morales para deconstruir estas falsas fronteras éticas. No hay buenos y malos en esta historia nacional, sino sujetos intentando sobrevivir pese a la contingencia. Rescatar la humanidad antes que el estereotipo, probablemente sea la gran apuesta del escritor sinaloense.

Palabras clave: Narcotráfico, discurso maniqueo, fronteras éticas, estereotipo, empatía.

Abstract

The discourse spread in Mexico, since the beginning of the war against the drug, has been based on a Manichean trial between good and bad, heroes and villains. Drug traffickers are described and analyzed, by the media, the government, the academy and, most of the cultural products, as ruthless assassins, monsters mobilized by a capitalist and patriarchal logic. The writer Élmer Mendoza, on the other hand, in his saga starring the detective Zurdo Mendieta, it is situated in the moral interstices to deconstruct these false ethical boundaries. There are no good and bad in this national history, but subjects trying to survive despite the contingency. Rescuing humanity before the stereotype, is probably the great bet of the Sinaloan writer.

Keywords: Drug Trafficking, Manichean Discourse, Ethical Boundaries, Stereotype, Empathy.

* **Diffuse Ethical Boundaries. El Zurdo Mendieta in the narcoliterature by Élmer Mendoza**

Este artículo forma parte del Proyecto de Investigación Fondecyt N° 1150484 "Narcoestética: apropiaciones de un modelo cultural México-colombiano para la constitución de un nuevo formato literario y audiovisual en Chile", a cargo del Dr. Danilo Santos López y del cual soy coinvestigadora

1 Doctora en literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesora en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Correo electrónico: ainhoavasquezm@gmail.com

Introducción. El narcotráfico, una lucha entre héroes y villanos

Estar del lado del bien o del lado del mal parece ser la dicotomía más profunda que nos heredó la guerra contra el narco, emprendida por el ex presidente mexicano Felipe Calderón y su sucesor Enrique Peña Nieto. En esta guerra los tintes medios no existen. Los noticieros y el gobierno nos bombardean con imágenes de sicarios y capos despiadados, asesinos, torturadores, villanos de antología, cuyo único fin es enriquecerse a costa de un negocio de muerte. El Chapo Guzmán es presentado como el criminal más temido de la historia de México y entregado a Estados Unidos como trofeo. Del otro lado nos ubicamos nosotros, los buenos, la ciudadanía indefensa. Nosotros honestos, contra ellos, los malvados.

En esta lógica binaria la población debe ser encasillada en alguno de los dos bandos, inconscientes –la mayoría del tiempo– de la fragilidad de estas fronteras. Basta estar en el lugar o en el momento equivocado para que se transite de un polo a otro. Nunca es inocente quien muere asesinado, de víctima a criminal la línea es muy delgada. Herencia cultural de nuestra visión melodramática latinoamericana: el héroe vive y triunfa, mientras los villanos mueren siempre en las peores circunstancias porque debe haber castigo.

Para que exista la telenovela las víctimas deben ser convertidas en criminales y así justificar la guerra: ajuste de cuentas entre bandas de narcomenudistas, aseguró la prensa y el gobierno cuando el 31 de enero del 2010 en Villas de Salvácar, Ciudad Juárez, fueron asesinados 18 estudiantes de entre 15 y 20 años²; infiltración del Cártel de Los Rojos entre el grupo de estudiantes normalistas desaparecidos en Ayotzinapa el 2014³; una confusión en el Cártel Guerreros Unidos porque pensaron que eran sicarios⁴, según una de las líneas de investigación. Narcos del Cártel Jalisco Nueva Generación asesinaron y disolvieron en ácido a tres jóvenes cineastas en Tonalá este año, porque por equivocación pensaron que eran miembros del Cártel rival⁵. Son narcos o fueron los narcos es el discurso que predomina, siempre un ellos contra un nosotros, tal como señala María Lujan Christiansen (2016): “En México, la declarada ‘guerra contra los cárteles’ se ha justificado sobre la base de una retórica acusatoria, depredadora y penalizante. Narcocultura e inframundo parecen

2 <http://www.jornada.com.mx/2010/02/02/estados/028n1est> y <https://www.proceso.com.mx/357236/corte-ordena-liberar-a-joven-por-matanza-en-villas-de-salvarcar>

3 <http://www.milenio.com/policia/el-cochiloco-normalista-infiltrado-de-los-rojos>

4 <http://nortedigital.mx/vinculan-vocero-normalistas-ayotzinapa-los-rojos/>

5 https://elpais.com/internacional/2018/04/24/mexico/1524532515_935757.html

remitir a lo mismo: individuos despiadados, infames y con nulas chances de rehabilitarse” (26).

La visión de la academia, así como de las ficciones narrativas –terreno que compete a este análisis– también reproduce dicho discurso maniqueo y penalizante. Sayak Valencia, en su libro *Capitalismo Gore* (2010), incluso les da un nombre: sujetos endriagos. Retomando el concepto de la literatura medieval, en específico del Amadís de Gaula, Valencia refiere a estos nuevos monstruos de la sociedad contemporánea. Cruce de hidra y dragón, los narcos son las nuevas subjetividades capitalistas radicales que utilizan la violencia (entiéndase extorsión, secuestro, tortura, violación o asesinato) para empoderarse económicamente: “Hacemos una analogía entre el personaje literario, que pertenece a los Otros, a lo no aceptable, al enemigo, y los que en esta investigación identificamos plenamente como los nuevos sujetos ultraviolentos y demoledores del capitalismo gore: los sujetos endriagos” (90).

El académico Héctor Domínguez Ruvalcaba (2017), asimismo, retoma esta caracterización binaria para realizar un análisis sobre la masculinidad cruel, entendida como aquellos hombres vinculados al narcotráfico que cumplen una norma cultural machista en una sociedad violenta. Dos monstruos individualizados del narco: por una parte, el destazador de cuerpos, el burócrata que cumple su trabajo sin emocionalidad alguna: “Todos se concretan a recibir órdenes, y parte de la eficacia del sistema depende de que los ejecutores no manifiesten ninguna conexión afectiva con el cuerpo victimado, lo que los hace idóneos para la empresa letal” (Domínguez Ruvalcaba, 2017: 122) y, por otra parte, el Jefe de jefes, también desafectado ante la violencia excesiva: “pero además, un rasgo perverso se añade a su caracterización: ha forjado una forma de poder donde la crueldad consiste en manipular a su antojo hechos y voluntades” (125).

La retórica acusatoria del narcotráfico perfila hombres monstruosos: asesinos despiadados, insensibles, imperturbables, que recurren a la violencia extrema por dinero o por placer, y que se insertan tanto en la lógica económica del capitalismo, como en la lógica cultural de las masculinidades hegemónicas. Es la imagen que propagan las industrias culturales: Aurelio Casillas en *El Señor de los Cielos*; los personajes de *Entre perros* (2009) de Alejandro Almazán⁶; *El Sinaloa* (2012) de Guillermo Rubio; *Sicario* (2009) de Víctor Ronquillo; el

6 “El Bendito”, el sicario protagonista de *Entre Perros*, asesina por placer y no sólo por dinero: “es un placer bien encabronado, loco, qué chilo sientes cuando quiebras a un bato en un pestaño, es como si empuñaras por tu cuenta la gracia de Cristo; pa no aventarte tanto salivero: qué perrón es el poder que otorgan las pinchis balas, güey” (12).

agente de policía que ha creado Paul Medrano en *Deudas de fuego* (2013), quien, lejos de buscar justicia deviene en victimario buscando venganza; el jefe de narcos Chuy Nazario, personaje de *Bajo el disfraz* (2003) de Jesús Alvarado; el Chalo Gaitán del mismo Alejandro Almazán, quien en *El más buscado* (2012), no tiene escrúpulos al traicionar a sus amigos para seguir viviendo. O el narco-judicial *Juan Justino Judicial* (1996) de Gerardo Cornejo, que se mueve por el ansia de conseguir dinero, poder y estatus social.

Las ficciones del narcotráfico, generalmente, nos reducen a una sola interpretación del mundo, según Luis Astorga (1995): “Los traficantes son dibujados como seres malos, corruptores, viciosos, desalmados y asesinos” (85), los matices prácticamente son inexistentes. En ese sentido, vale la pena mencionar la investigación realizada por Ricardo Viguera (2018) quien, a pesar de reconocer en los narco-trafficantes a sujetos endriagos, rescata cierta imparcialidad en la descripción de prototipos humanos, antes que monstruos. Es el caso de El Señor de la Frontera en *Los perros del fin del mundo* (2012) de Homero Aridjis o los protagonistas del libro *Delincuentes. Historias del narcotráfico* (2005) de Arminé Arjona, relatos en que no hay seres definidos como buenos o malos y en que los villanos también pueden querer o ser queridos.

De la misma manera, Ramón Gerónimo Olvera (2016) intenta realizar un ejercicio deconstructivo de estas subjetividades criminales para establecer aquellos intersticios morales que, en nuestra lógica binaria, tendemos a olvidar. En el análisis de novelas como *Territorios impunes* (2010) de Alfredo Espinosa, *Policía de ciudad Juárez* de Miguel Ángel Chávez (2012) y *A vuelta de rueda tras la muerte* de Ricardo Viguera (2014) encuentra ese lugar en que las fronteras entre el bien y el mal se difuminan y sólo nos quedan hombres que buscan sobrevivir en estos tiempos en que eso parece ser lo más difícil: “se pretende que bajo la designación narcotráfico se elabore una continuidad discursivo-moral que separe de manera maniquea la narrativa social entre el narco-malo y el policía-bueno. Las obras seleccionadas no caen en esta trampa y nos marcan que la línea divisoria entre estos bandos dista mucho en ser clara” (187).

Esta frontera que parece tan delimitada entre bien y mal, entre buenos y villanos, no es más que discurso. El narcotráfico es un problema tremendamente complejo, que en ningún sentido puede ser reducido a una lógica de opuestos. Tal como argumenta Luis Astorga, no existen fenómenos buenos o malos en sí mismos, sino fenómenos que requieren una interpretación moral contextualizada: “No hay pues plantas ni agentes sociales intrínsecamente malos o perversos. Lo malo, lo perverso, lo criminal, etc., son juicios éticos creados so-

cialmente, más o menos incorporados e institucionalizados. Son juicios relacionales e históricos” (25).

Estos juicios preestablecidos, esta dicotomía del discurso, son cuestionados en la narrativa de Élder Mendoza. No se trata solamente de encontrar cierta empatía con narcotraficantes o indagar en sus matices morales, sino examinar y preguntar acerca del contexto que ha propiciado este fenómeno. En ese sentido, Élder Mendoza –principalmente en la saga del Zurdo Mendieta, objeto de este análisis– no estaría sólo deconstruyendo la imagen estereotipada de los narcos sino también del gobierno, de los aparatos institucionales y de todos quienes viven con esa realidad como parte de su cotidianidad, para visibilizar la artificialidad de un discurso que se ha caracterizado por sus polaridades.

El Zurdo Mendieta: las fronteras éticas que se disipan

El policía Edgar “Zurdo” Mendieta hace su aparición en *Balas de plata* (2008), la primera novela de esta saga escrita por Élder Mendoza. Mendieta no es narco, no comparte el actuar de los narcos ni quiere relacionarse con ellos. Pero debe hacerlo. Cuando Bruno Canizales es asesinado con una bala de plata, sus sospechas recaerán en el narcomundo representado por el capo Marcelo Valdés, su hija Samantha y la amante de Samantha, Mariana Kelly. En esta primera entrega, la lucha entre buenos y malos parece seguir la línea maniquea: Marcelo Valdés es un asesino, también benefactor del pueblo, pero un criminal, ante todo. Samantha, la heredera, es una mujer caprichosa, violenta y acostumbrada a obtenerlo todo con el poder del dinero. El Zurdo, en cambio, peca de alcohólico y depresivo, pero sin duda se sitúa en el terreno del bien.

Así, la historia entre el Zurdo y los Valdés empieza bastante mal. El policía, seguro de la implicancia de los narcos en el asesinato de Canizales, insiste en interrogar al capo y a Mariana Kelly. Samantha lo busca y lo enfrenta, le exige que deje en paz a su familia, le ofrece dinero que el Zurdo no acepta: “Poli muerto de hambre” (83), “basura no reciclable” (199), son algunos de los apelativos con que lo llama. Marcelo Valdés ordena que lo maten. Sin embargo, algo se va transformando en la medida en que ambos bandos se encuentran y se conocen. Marcelo Valdés termina por aceptarlo al considerarlo inofensivo: “a ese policía déjenlo en paz, para mí que es mejor que exista, es un enemigo blanco que proporciona un contrapeso y que jamás la detendrá” (216). Asimismo, el Zurdo termina aceptando que sea Samantha la que haga justicia por la muerte de Canizales, una vez que él ha encontrado a los asesinos.

En *La prueba del ácido* (2010), la segunda novela de Mendoza, reconocemos de inmediato que las fronteras éticas, difundidas por los discursos oficiales, son bastante más débiles de lo que nos han hecho creer. El lado de los buenos se parece bastante al de los malos, villanos y héroes se relacionan a menudo con mayor cercanía y amistad de lo que supondría un binarismo tan categórico: “A las cinco treinta y ocho entraron al panteón. Entre los asistentes, además de los jefes del Cártel del Pacífico, se encontraban dos generales diplomados de Estado Mayor, un oficial de Marina y un representante del procurador. Todos de civil dieron el pésame con la máxima discreción” (181). El funeral de Marcelo Valdés revela los nexos entre buenos y malos, derribando la artificialidad del mito.

Contrario a policías y militares que se relacionan bastante abiertamente con Marcelo y Samantha Valdés, el Zurdo parece habitar por completo en el polo de la integridad, aunque haya tenido en la novela anterior ciertos vínculos con la narcotraficante, que él justifica como simple ayuda sin compromiso: “Oiga, si Samantha Valdés se convierte en la jefa del cártel tendremos vara alta, ¿no? ¿Qué te hace pensar eso? Cuando menos ustedes se conocen. Ellos no necesitan de nosotros, Gris, tienen a casi toda la policía mexicana y parte de la DEA de su lado” (234). Seguro de su actuar recto, mantiene su postura y reitera su decisión de no acercarse al Cártel del Pacífico, ni siquiera ante la insistencia de la nueva líder del Cártel:

No soy tu hombre, Samantha, soy demasiado pendejo y todavía un poco honesto. Precisamente por eso me interesas, Zurdo Mendieta, ¿crees que no necesitamos gente honrada en nuestras filas? Aunque no lo creas o no lo hayas pensado, este negocio no funcionaría sin grandes dosis de fidelidad y honradez [...] ¿Qué te hace pensar que puedes confiar en mí? Lo sé, Zurdo Mendieta, en todo caso mi intuición, y si lo quieres saber, el respeto que te tenía mi padre aunque no lo manifestara (239).

El Zurdo es implacable y no acepta formar parte de las filas del narco, pero no por ello desconoce que entre él y Samantha ha comenzado a surgir una amistad, tal como queda más claro en la tercera novela *Nombre de perro* (2012). Con el asesinato de Mariana Kelly, Mendieta se acerca más a la narcotraficante y se conmueve ante el dolor de la mujer: “Hay un hueco a mi lado que no sé cómo llenar, Zurdo Mendieta, me siento jodida, más muerta que viva, peor que ese pobre animal que ves allí. El Zurdo bebió, no quería involucrarse pero se turbó, los ojos de Samantha, aunque sin llanto, brillaban” (113).

Empático ante el sufrimiento de los otros, perceptivo y asertivo al momento de encontrar culpables, respetado por los narcos e incorruptible, en estas primeras novelas el Zurdo Mendieta, a pesar de sus vínculos superficiales con los criminales, pareciera pertenecer a un bando claro: los buenos. Nada más contrario a esos endriagos que, insertos en la lógica del capitalismo, buscan ascender social y económicamente utilizando la violencia sanguinaria. El Zurdo no busca fama, no quiere dinero, no acepta ser comprado por el Cártel del Pacífico y si ayuda a Samantha lo hace por compasión, amistad e, incluso, por impulsos justicieros porque sabe que en su realidad la mayoría de las veces los crímenes quedan impunes. Tal como indica Raquel Velasco, el Zurdo sabe que buscar justicia en medio de tanta corrupción, sería iluso, en cambio, su único objetivo es: “descubrir la verdad aunque sepa que lo más probable es que el criminal huya, debido a la colusión de la policía con la delincuencia, la imposibilidad de determinar lealtades y la falta de una estructura eficaz para hacer valer la Constitución del país” (244).

Mendieta establece efectivamente un nexo con la líder del Cártel del Pacífico en las tres primeras novelas, un nexo no económico sino de simpatía y colaboración mutua. El Zurdo resuelve, Samantha ejecuta. Lo que la justicia no juzga, el narco resuelve. No hay una contradicción en este actuar, Mendieta no siente la necesidad de definirse en términos maniqueos, tampoco es que transite de una frontera a otra. Simplemente el personaje es más parecido a un hombre que siente, que decide en el momento y según el contexto, leal con sus amigos y consciente de las debilidades de su corporación. Esto, sin embargo, le traerá grandes problemas en la cuarta entrega de la saga: Besar al detective (2016).

Como hemos establecido desde el inicio, la guerra contra las drogas ha convertido nuestra realidad en una lucha maniquea entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, olvidando la complejidad de aquellas zonas grises, zonas grises en las que habita el personaje de Élmer Mendoza. Pensemos en el Zurdo: el Piojo es su amigo de la infancia, crecieron juntos en el mismo barrio, doña Pina lo recibió en su casa. El Piojo, sin embargo, es un criminal, ya que asesinó a Cacarizo Long porque violó a su hermana. Después de años sin verse se reencuentran. El Zurdo, en vez de apresararlo por el asesinato, se alegra de verlo y rápidamente retoman la amistad infantil. ¿Qué hace un detective honrado relacionándose con un asesino?, ¿este acto convierte al Zurdo también en criminal?

Teniendo fronteras binarias tan claramente establecidas como discurso, el Zurdo es instado de forma constante a que salte la barda para uno u otro lado. Amigos, jefes y familiares se sienten con el de-

recho a juzgarlo, a exigirle definiciones, ¿estás del lado de nosotros o de ellos?: “Es su amiga, ¿no? No precisamente, vivimos en la misma ciudad y con la misma gente, y hemos tenido coincidencias significativas, pero nomás. [...] Agente Toledo, deja de andar suponiendo cosas que ni a ti ni a mí nos convienen: nosotros no tenemos amigos narcos ni trabajamos en narcóticos” (35), le contesta el Zurdo a su asistente Gris, frente a la insistencia de inquirir acerca de la relación con Samantha. “No necesito ser narco para tener una relación con ellos, soy policía y coincidimos más de lo razonable [...] Enrique, no trabajo para ellos, entiéndelo, sólo es cooperación” (203), debe defenderse ante su hermano.

El Zurdo no recibe dinero del Cártel del Pacífico, al menos no dinero para él mismo, sino a veces para cumplir favores o entregarlo a otros. El Zurdo no es subordinado de Samantha, su relación con ella se reduce a una incipiente amistad, simpatía, encuentros. Si bien es cierto que han colaborado juntos en el acto de hacer justicia, Mendieta no se siente parte del narco y Samantha está consciente de que no lo es. Frente a todas las propuestas de enrolarse en la industria, el policía siempre se niega. Sin duda hay un vínculo imposible de entender si lo observamos desde una visión maniquea. Solidaridad, cariño, humanidad, rasgos de una personalidad sensible que lo llevan a ayudar a escapar a la narcotraficante del hospital para que no la asesinen, aunque esto lo involucre en un gran problema con su gente:

No sé por qué te apoyé en esta madre, tengo claro que no quiero tener tratos contigo, que jamás seré de tu gente, que me cae de a madres lo que haces. No exagres, Zurdo Mendieta, ni tu vida ni la mía son lineales, nos movemos al son que nos tocan, a poco no. Aunque no me guste, reconozco que de vez en cuando bailamos la misma pieza. Yo diría que siempre, aunque no sea en el mismo patio (106-107).

Samantha es quien le hace ver que las cosas no son lineales ni dicotómicas, que no hay dos bandos separados por una frontera sino impulsos, cariños y lealtades inexplicables. Amistad entre quienes habitan un mismo espacio vital. No se trata entonces de aliarse con los criminales, pasar a formar parte del Cártel, convertirse en narco. Se trata más de actuar por intuiciones y solidaridad. A pesar de que este acto lo convierte en criminal a los ojos del mundo, en aliado de los narcotraficantes y una persona desleal a su institución, no lo hace un traidor a sí mismo: “Edgar el Zurdo Mendieta posee un código inamovible acerca de la amistad. Para él, los amigos de verdad

son algo de lo que hace posible la existencia” (63), afirma Eduardo Antonio Parra. Y, aunque él lo niegue, Samantha, la líder del Cártel del Pacífico, a fuerza de encuentros y colaboraciones, es ya su amiga. En ese sentido el Zurdo se desliga de las oposiciones binarias para actuar según sus propios códigos éticos⁷.

Pero desde una visión polarizada, nos recuerda María Lujan Christiansen, este mundo que ha sido artificialmente dividido entre buenos y malos, víctimas y victimarios, culpables e inocentes, nosotros o ellos, no queda espacio para los intersticios o vínculos entre el mundo del narco y el mundo legal, es una guerra en la que hay que tomar partido. Y bajo esta premisa el Zurdo Mendieta ha sido circunscrito en el terreno del mal, de los delincuentes, de los otros, tal como se lo hace ver el detective Héctor Belascoarán: “este gobierno va a ir con todo contra Samantha Valdés, y tú estás registrado como gente de ella. Mendieta quedó pasmado. No mames, nada tengo que ver con esa mujer. Estás marcado, colega, así que ponte las pilas y déjate de especulaciones pendejas” (58).

Comienza desde ese momento la caída en desgracia del policía. Todos los noticieros pasan el video del rescate de la narcotraficante enfatizando su participación en el hecho. El comandante Briceño lo expulsa de la institución. El Zurdo tiene entonces un largo soliloquio preguntándose por sus fronteras morales: ¿por qué lo hizo?, ¿dio el paso necesario para integrarse al Cártel del Pacífico?, ¿debería buscar la protección de Samantha?, ¿es un delito ayudar a los amigos?, ¿hay alguien que no deba algo a la justicia? Preguntas que, en ese contexto, se desprenden de una situación límite, pero que probablemente cualquiera que viva en medio de una guerra se podría cuestionar más de una vez al día.

Su corporación lo expulsa, es sindicado como criminal y arrojado al terreno de los villanos. Él mismo se cuestiona acerca de las consecuencias de sus actos, se siente perdido. En medio de la tormenta personal se entera del secuestro de su hijo Jason en Estados Unidos. Y es Samantha quien se ofrece a ayudarlo. A pesar de que el Zurdo no es de su gente, el Cártel lo considera un amigo. Así, mientras su propia institución lo persigue para encarcelarlo, los narcos le proporcionan una avioneta para llegar hasta Tijuana,

7 Según el propio Élmer Mendoza, en una entrevista concedida a Juan Carlos Talavera del periódico *Excelsior*, confirma que el valor más importante del Zurdo es su sentido de amistad: “la mayoría de los mexicanos somos tan miserables que lo único que nos queda es la lealtad a los amigos, así que alguien que no tiene amigos o que no es capaz de ser leal a un amigo... está acabado. Eso es lo principal del Zurdo” (Talavera, “Zurdo Mendieta; vuelve por vicio y amistad” 24 octubre de 2017).

un auto para cruzar la frontera, una habitación en Hollywood y la ayuda necesaria e incondicional para encontrar a su hijo⁸.

Las porosidades del narcomundo salen a la luz. No hay, en esta historia, buenos o malos, villanos perversos u hombres heroicos, sino personajes que se mueven por instinto, amistades, lealtades, cariños inexplicables, que buscan proteger y se protegen. Algunos que actúan por humanidad, como el Zurdo y Samantha y otros que se mueven por otros intereses, por fines que creen justos, a pesar de que las tácticas atenten incluso contra los derechos humanos. Así, los narcos en la novela muestran rasgos de sensibilidad, el detective no es intachable y la policía muchas veces actúa de manera inescrupulosa e ilegal.

La lógica binaria, los bandos dicotómicos, las fronteras morales se difuminan en cada personaje. Aquellos que, por discurso oficial, deberían pertenecer al terreno del bien, los policías que debieran proteger a los ciudadanos, se muestran en Besar al detective como sujetos violentos y abusadores: interrogan mediante torturas, cuando allanan la casa del Zurdo toman como rehén a Ger, su empleada doméstica y amiga. Ella soporta estoica las bofetadas, las torturas físicas y psicológicas. Otros policías no sólo son agresores sino también aliados de los cárteles, agentes que se enriquecen haciendo creer a la población que los están protegiendo, como es el caso del oficial Trokas Obregón, que acepta diez mil dólares del Cártel del Golfo para pasar ochenta y tres centroamericanos migrantes.

Ni siquiera los estadounidenses pueden ser circunscritos en el terreno de lo heroico. Cuando el Zurdo llega a Estados Unidos, la agente del FBI Win Morrison se ofrece para ayudar a encontrar a su hijo. Esta ayuda, por supuesto, no es gratuita, ya que, a cambio, deberá entregar información que contribuya a la captura de Samantha Valdés. Además de encontrar al secuestrador de Jason le ofrecen inmunidad dentro del programa de Testigos Protegidos. Frente a la indecisión del Zurdo a aceptar el trato, lo extorsionan y lo acusan de entrar con un pasaporte vencido. Aunque esto es falso, le retienen el documento y lo detienen en una comisaría durante toda una noche.

En este punto se nos revela aún más humanidad en las contradicciones vitales del Zurdo, ¿creer en el FBI para salvar a su hijo?, ¿denunciar a Samantha?: “Era un policía con cierto grado de corrupción, cierto, pero no chivato” (215). Declaración que contradice en pocas

⁸ Algo similar ocurre en *Asesinato en el Parque Sinaloa* (2017), Samantha sabe que Mendieta se encuentra en peligro y lo llama para ofrecerle su ayuda “El detective se quedó con un gesto de Esta mujer realmente me quiere” (162). La amistad entre ellos se profundiza también en esta última entrega.

páginas: “Samantha Valdés, lo siento, no tomaremos más café en el Miró ni me joderás la vida, pincha vieja, si la otra vez pensaste que te había traicionado ahora no te sorprenderás, maldita envenenadora de mierda, que te jodan” (217). El Zurdo se sume en un revoltijo mental, como él mismo denomina a sus contradicciones. Samantha no lo presiona y lo deja decidir sus lealtades, sin embargo, en un intento por recuperar a su hijo, el Zurdo decide jugar en los dos bandos y aceptar la ayuda de quien primero le regrese a Jason. El Cártel lo acompaña hasta Tecate siguiendo la pista de una pelirroja, pero el FBI da primero con el joven.

Así, mientras el Cártel lo acompaña a cruzar y descruzar fronteras para encontrar a Jason, el FBI lo ha engañado. Los malos, los criminales, los villanos, son los que muestran lealtad y compromiso con Mendieta. Los buenos, los héroes, los puros, son develados finalmente como los canallas. Es la misma institución estadounidense la que secuestra a Jason para presionar al policía y obtener información sobre el Cártel para atrapar a Samantha. La débil frontera entre el bien y el mal termina por romperse del todo. Ya no sabemos en quién confiar, quiénes son los villanos y siquiera si queda algún héroe. Tal vez el verdadero héroe sea el Zurdo quien, a pesar de habitar un mundo polarizado, decide conscientemente permanecer en la zona gris: “Supongo que ahora no tendrás reparos para trabajar con nosotros. Prefiero no dar ese paso” (253), reafirma a pesar de que el Cártel lo ha ayudado a salvar a su hijo.

Conclusiones

En las tres primeras novelas protagonizadas por el Zurdo Mendieta el discurso maniqueo acerca del narcotráfico comienza a cuestionarse: los policías, quienes en la retórica de la guerra contra el narco debieran ser los héroes, no son eficientes, incorruptibles o empáticos, al contrario, muchos de ellos se mueven atraídos por las regalías económicas que le otorga el mundo criminal. En cambio, vemos humanidad en los narcotraficantes, quienes, limitados en el terreno de la villanía, debieran ser incuestionablemente tachados de monstruos. Y el Zurdo Mendieta en el medio, en esos intersticios –racionales a veces, irracionales otras tantas– que provocan una constante discusión interna y bastante suspicacia frente al mundo en el que habita⁹.

9 Como bien refiere Minni Sawhney respecto de la primera novela *Balas de plata*, pero que puede extenderse al resto de la saga: “Edgar Mendieta pudo haber sido un narcotraficante y Marcelo Valdés un político. La novela es tan polivalente como la sociedad retratada y la virtud no es algo fijo en la trayectoria de ningún individuo (491).

En *Besar al detective* la deconstrucción de los binarismos se acentúa cuando el Zurdo debe optar por ayudar a salvar la vida de su amiga narcotraficante, aceptar la culpa institucional por su actuar y decidir sobre recibir ayuda de uno u otro bando para rescatar a su hijo. Los narcos son los que terminan ayudándole, mientras los agentes estadounidenses buscan extorsionarlo, lo engañan y son ellos mismos quienes ponen en peligro a Jason con el fin de conseguir el testimonio del Zurdo para atrapar a la líder del Cártel del Pacífico. Los villanos narcos demuestran verdadera amistad y los incorruptibles y eficaces agentes del FBI terminan por situarse bastante más cerca del polo del mal.

Estas dicotomías se acentúan, finalmente, en *Asesinato en el Parque Sinaloa*. El detective ha regresado a la policía pero su expediente sigue manchado, por lo que corre el riesgo de ser apresado. Paralelo a ello la Marina intenta encontrar al narcotraficante más poderoso, el “Perro” Laveaga, y requieren de la ayuda del Zurdo. Para conseguirlo, los federales lo detienen con violencia, agreden físicamente a Gris y torturan a Mendieta en un cuarto “utilizado por última vez en el movimiento estudiantil YoSoy132 y que estaban rehabilitando para los maestros que exigían una revisión de la Reforma Educativa” (191), acusándolo de violar once leyes, faltarle el respeto al Ejército, colaborar con Samantha Valdés, asesinar a la agente especial del FBI Win Morrison y haber provocado la muerte del teniente César Obregón.

Aunque las imputaciones son falsas, la posibilidad de ser apresado por más de quince años, es real. Samantha se entera e intercede por él: “el padre de Saucedo y el mío eran amigos desde jóvenes; trabajaban en asuntos opuestos, pero claro, jamás perdieron la amistad; le marqué aludiendo a esa camaradería y me tomó la llamada [...] me pidió que te convenciera” (212). A pesar de que el detective no quiere verse involucrado con el poderoso narco ni ayudar a su detención, Samantha logra que acepte por su propio bien. Una vez que Laveaga es capturado, el marino Saucedo promete borrar las manchas en el expediente del Zurdo. Si esta vez es real o es sólo una mentira más de un funcionario del Ejército, no podemos precisarlo.

Concordamos en ese sentido, con lo expresado por Ramón Gerónimo Olvera: “En tanto ‘construcción social’, el narcotráfico necesita de la elaboración de imaginarios y arquetipos sobre los cuales se articula un discurso de poder, que entre otras cosas coloca a lo narco como una entidad externa que atenta contra el orden social. La literatura, en ese sentido, juega un papel relevante” (187). Un papel relevante que ha asumido Élmer Mendoza con su saga del detective Mendieta y que, con ello, nos está obligando a pararnos en el borde y obser-

var con suspicacias hacia ambas fronteras. La narrativa del escritor sinaloense nos aleja de los estereotipos construidos social y culturalmente respecto del narcotráfico, nos invita a desarmar los discursos oficiales y a contextualizar este fenómeno. Finalmente, la voz de Élmer Mendoza intenta explicar la problemática del narco desde una perspectiva más compleja, deconstruyendo la retórica maniquea y poniendo en relieve los afectos, las relaciones humanas. No hay buenos y malos en estas historias, sino personajes inmersos en una contingencia que afecta desde todos los ámbitos. Hay relaciones de amistad infantiles que se perpetúan a pesar del bando, hay agentes de la ley que buscan su propio beneficio económico antes que el bienestar público, así como hay sensibilidad y amistad incluso entre los peores criminales. “Al malo sólo el cariño lo vuelve puro y sincero”, cantaba Violeta Parra; indagar en ese cariño más allá de los discursos y las dicotomías, nos está cantando la narrativa de Mendoza.

Bibliografía

- Almazán, A. (2009). *Entre perros*. México: Random House Mondadori.
- _____. (2012). *El más buscado*. México: Grijalbo.
- Alvarado, J. (2003). *Bajo el disfraz*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo Editorial Tierra Adentro.
- Aridjis, H. (2012). *Los perros del fin del mundo*. México: Alfaguara.
- Arjona, A. (2005). *Delincuentes. Historias del narcotráfico*. Ciudad Juárez: Al Límite.
- Astorga, L. (1995). *Mitología del “narcotraficante” en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Chávez, M. A. (2012). *Policía de Ciudad Juárez*. México: Océano.
- Christiansen, M. L. (2016). La insoportable levedad del discurso: timos epistemológicos en la construcción mediática de la narcoviolenencia. *Mitologías Hoy*, n° 14, 25-40.
- Cornejo, G. (1996). *Juan Justino Judicial*. México: Selector.
- Domínguez Ruvalcaba, H. (2017). Crueldad y masculinidad en las narrativas del narcotráfico en México. En: *Narcocultura de norte a sur. Una mirada cultural al fenómeno del narco*. Ainhoa Vásquez Mejías (ed.). CISAN-UNAM/UACH, 115-132.
- Espinosa, A. (2010). *Territorios impunes*. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Guzmán, R. (2001). *La frontera huele a sangre*. México: Lectorum.

- Medrano, P. (2013). *Deudas de fuego*. México: Instituto Tamaulipeco de Cultura.
- Mendoza, E. (2008). *Balas de plata*. Ciudad de México: Tusquets.
- _____. (2010). *La prueba del ácido*. Ciudad de México: Tusquets.
- _____. (2012). *Nombre de perro*. Ciudad de México: Tusquets.
- _____. (2016). *Besar al detective*. Ciudad de México: Random House.
- _____. (2017). *Asesinato en el parque Sinaloa*. Ciudad de México: Random House.
- Olvera, R. G. (2016). Representación literaria del narcotráfico en tres novelas sobre Ciudad Juárez. *Mitologías Hoy*, n° 14, 173-189.
- Parra, E. A. (2017). El retorno del Zurdo Mendieta. *Armas y letras*, n° 95-96, pp. 61-63.
- Ronquillo, V. (2009). *Sicario. Diario del diablo*. México: Ediciones B.
- Rubio, G. (2012). *El Sinaloa*. México: Editorial Terracota.
- Sawhney, M. (2015). El narco mundo en las novelas transnacionales de Elmer Mendoza, Don Winslow. *Hispanismos del mundo: diálogos y debates en (y desde) el Sur*, 487-494.
- Talavera, J. C. (2017). Zurdo Mendieta; vuelve por vicio y amistad. *Excelsior*. 24 de octubre.
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. España: Melusina.
- Velasco, R. (2011). La narrativa del narcotráfico y el Sicariato en México. *El norte y el sur de México en la diversidad de su literatura*. Cuevas Velasco, N. A. y R. Velasco González (coord.). México: Juan Pablos, 237-272.
- Vigueras, R. (2018). Ciudad Juárez como territorio mítico: los endriagos, monstruos neoliberales en la literatura criminal. *Taller de Letras* (en prensa).
- _____. *A vuelta de rueda tras la muerte*. (2014). México: Fondo Editorial Estado de México.